

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Ernesto Juárez Rechy
erjuarez@uv.mx
Universidad Veracruzana

Hablar a espaldas

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 61, julio-septiembre de 2022, pp. 24-26.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

HABLAR A ESPALDAS

Ernesto Juárez Rechy

Durante mi aprendizaje he cometido imprudencias. La primera que recuerdo es mentarle la madre por la espalda a uno de mis padres en la primaria; afortunadamente quien se dio cuenta, uno de mis abuelos, de quien no esperaba clemencia, no me denunció.

If you look at me from a different angle

Do you see something that you just can't handle?

THE CRIBS

Hablar a espaldas tiene una connotación negativa, casi como dar una puñalada traspera. No obstante, esta expresión encierra posibilidades a las cuales hay que ayudar a desnudarse.

Hablamos a las espaldas desde el comienzo de nuestra vida; supongo que las primeras veces que lo llevamos a cabo fue dirigiéndonos a nuestra madre mientras ella atendía además alguna otra de las muchas cosas que con frecuencia hacen las amas de casa. Traigo esto a colación porque precisamente los niños muy pequeños lo ponen en práctica de una manera más libre que nosotros. Saben hacer de la voz o la mirada un brazo más largo para alcanzar lo querido y no necesitan que la información fluya para buscar el contacto (que la función fática de Jakobson disfrazó), como dicen que hacen las personas que oran y que, cuando están muy concentradas, llegan a un punto en que

no necesitan palabras, es suficiente mirar el sagrario para poner su contemplación en Dios.

No digo que sea fácil, lo que propongo no es una fórmula, como las de las conversaciones usuales; si los dialogantes no son hábiles o no están dispuestos, no pasarán de la superficie. Durante mi aprendizaje he cometido imprudencias. La primera que recuerdo es mentarle la madre por la espalda a uno de mis padres en la primaria; afortunadamente quien se dio cuenta, uno de mis abuelos, de quien no esperaba clemencia, no me denunció. Me explico el suceso diciendo que con frecuencia los diálogos por la espalda entre débiles y fuertes aparecen cuando los primeros sienten que algo es injusto o que no pueden presentar su opinión libremente ante los segundos.

Me pasó también que en la calle Francisco I. Madero, casi para salir a 20 de Noviembre, encontré a una mujer a la que no había visto en muchos años; llevaba el cabello muy largo y pintado, también usaba botas. Me costó reconocerla. Además apareció así, de repente, un instante en el que no pensaba en ella. Durante su ausen-

cia había acumulado muchas cosas para decirle. La saludé con una sonrisa, ella no respondió ni se detuvo; yo la seguí, hablándole hasta que volteó y saltó molesta: “¿qué quieres?, ¡déjame en paz!” Pero yo no podía parar, trataba de resumir lo que sentía; mas era una síntesis demasiado extensa, supongo. Ella apresuró su paso. Un policía vino; se quejó con él, este me encaró y me pidió que dejara de molestar a la señorita. Le contesté que no se metiera. Ella se iba, quise seguirla, el policía se interpuso, lo empujé y me sujetó, traté de zafarme, me derribó. En el suelo, llamándola, la vi correr.

En la patrulla continué hablando. Me decían que me callara, pero era imposible. Tal vez creyeron que estaba loco. Días después, aunque ella no estaba, yo seguía: le dije al conductor de un camión “hay lugares a los cuales nunca fuimos juntos, pero me recuerdan mucho a ti”; al entrevistador, al postularme para un trabajo, “he llegado tantas veces tarde a tantos lugares porque al despertarme me quedo pensando en tu cuerpo”; a alguien que iba sentado junto a mí en el autobús, “esta confesión necesita algo más que sinceridad; solo hasta el día de hoy puedo hablar un poco sobre lo que pasó hace años”.

Paulatinamente mi necesidad se fue aclarando y también, al mismo tiempo, la manera de encauzarla. Consideré que quien quiera hacer uso de la habilidad que propongo debe también aprender a *escuchar a las espaldas*: el día que encontré a aquella mujer vi cómo la suya cambiaba, cómo se encorvaba levemente, cómo sus hombros huían de mí, cómo su respiración estaba intranquila. Pero no hice caso.

Esto me lleva al siguiente punto, podría decirse que *construyo en el aire* porque estoy ignorando lo más básico: que se da la espal-



Alianza animal 1

da a la persona con la que no se quiere continuar hablando, pero yo digo que más bien es *edificar en la cintura*, en las vértebras, en los omóplatos, en la nuca. Es decir, aquel argumento es solo una in-

terpretación; para mí significa que no hemos sabido hallar un camino para dialogar, para encontrarnos, y ese gesto, voltearse, es adoptar la postura más radical, que manifiesta la preferencia por el camino

opuesto, pero también podría significar “inténtalo de otra manera”. Me rehúso a creer en la fatalidad del silencio. El hombre aprendió a hablar para trascender los sentidos y el tiempo, para explorar lo

sucedido, incluso, lo más importante en este caso, para atravesar la soledad y el abandono.

Este tipo de diálogo me ha permitido distinguir dos momentos en la comunicación: la espalda comúnmente obliga, desde la otredad, a callar; la disposición receptiva sería el segundo tiempo, pero antes de hallar correspondencia, incluso de que nos concedan la escucha, antes de eso está nuestra necesidad de expresarnos, de crear y dar salida a la palabra –*vamos descubriendo lo que queremos decir al ir hablando*– que a su vez buscará enlazarse a otra. Hay conversaciones que solo tendríamos con determinadas personas; las ganas de hablar con ausencias específicas permanecen, y la espalda en nuestra imaginación es una montaña para que este diálogo ascienda.

Llevamos la memoria a cuentas. Necesitamos aclararnos respecto de nosotros mismos y en nuestra relación con los demás. Las personas abrumadas por la culpa o el silencio inclinan la frente al suelo (esto podría estar relacionado con la “joroba” de Kierkegaard). Quizás el diálogo con las espaldas sea una manera de *elevarse*, como me decía la bailarina al enderezar mi postura. Cuando podemos expresarnos transitamos libremente; si dos personas se dan la espalda silenciosamente quedan, temerosos, en cada extremo de un puente colgante. A menos que decidan confiar y caminar el uno hacia el otro, a pesar de todo.

Las espaldas saben ser amables; me ha pasado que las he confundido y he saludado a personas que no eran quienes pensaba, pero estas, al voltear sorprendidas, me han correspondido. También ocurre que uno las confunde porque no hemos aprendido a reconocerlas, a leerlas. Esta práctica podría incluso involucrarnos de manera más completa al hablar con al-

guien. Ayer vi a dos perros olerse la cola; podría parecer vulgar, pero su gesto es más sincero, porque nosotros preguntamos “¿cómo has estado?” y, si el otro responde “bien”, nos quedamos ahí, pero supongo que en su saludo, por su capacidad olfativa, ellos pueden reconocer algo de la salud y el verdadero ánimo del otro.

He llegado a creer que el silencio es una ilusión, una imposición; lo cual podemos ver en el diálogo del sol con los planetas, estos giran y van presentando su personalidad esférica, como ofreciéndola a la inteligencia de la luz. Los temas deben ser contemplados danzando alrededor de ellos, hacemos el amor como torbellinos, y la penetración es solo un camino. A veces deseamos envolvernos completamente en el otro, probar lo que permanecería reservado a la boca y las manos, los hombros, las piernas, el torso, ¿nunca les ha pasado que han querido cubrirse de música? Los patinadores, que poseen el secreto de gobernar los giros, podrían expresar esto más claramente. El día y la noche son la alternancia de la conversación.

Con el hábito paulatinamente las espaldas comienzan a hablarnos, ¿han escuchado sus taciturnas protestas? Donde yo vivo pasan vendedores, personas pobres ofreciendo verduras, tierra para plantas, marchantas que cargan sus cubetas desde muy lejos y muy temprano, que no tienen seguro social ni la posibilidad de jubilar sus dolores o su cansancio; como dije, el silencio no existe, es solo que no sabemos escuchar sus gritos encorvados, herniados, dislocados. Según el doctor en sociología Bart van Heerikhuizen, puede ser que Adam Smith, mediante la mirada al portero que iba delante de él y le cargaba el equipaje, supiera que no había ninguna diferencia entre él, un prestigiado profesor de fi-

losofía moral, y el hombre que le servía, y que el lugar que nos ha tocado en la vida no corresponde necesariamente a nuestros talentos. Si lo hizo es porque él usó esta habilidad de la que he hablado.

En un aforismo de *Minima moralia*, dice Theodor Adorno: “la propia amabilidad es participación en la injusticia al dar a un mundo frío la apariencia de (uno) en el que aún es posible hablarse, y la palabra, laxa, cortés, contribuye a perpetuar el silencio”. Hablar a espaldas tiene la capacidad de revelar la ocultación que se estableció frente a frente.

Conversar con la espalda del otro es más que hacerlo con uno mismo. Nadie puede obligarnos a obedecer a la puerta que se azota en nuestra cara, a no intentar abrirla. Y a no bailar si la música atraviesa la cerca metálica. Hay mucha gente que necesita llegar a sí misma, esclarecerse, y una espalda querida o admirada puede condenarla al silencio o la quietud. Un ejemplo del potencial redentor aparece en *Eternal Sunshine of the Spotless Mind*: mientras Joel se enfrenta solo al olvido, no puede escapar de él; solo hasta que empieza a hablar con Clementine, aunque sea dentro de su cabeza, logra encontrar una salida.

El diálogo con las espaldas es un rastro para encontrar algo que se nos ha perdido y, como los labios de Charles Bovary, que se niegan a abandonar a la mujer que aman y regresan para encontrarla con la soledad y el vestido desabrochados, puede provocar un grito de sorpresa. **LPyH**

Ernesto Juárez Rechy (1979, Coatepec, Ver.) estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la UV y actualmente cursa un doctorado en Estudios Culturales. Entre sus intereses están el ensayo breve, las vanguardias y el ocio en la literatura.